trigueros de león

campanario

1941

Campanario

campanario

Motivos humildes. Campanario y jardín de aldea.

Gentes buenas, como el pan. Días limpios, serenos. Noches luminosas luciendo parras de estrellas.

Novia ingenua de mirada suave. Manos que aroman las manos. Cabellos selváticos.

Viejos temblando sobre el grueso cayado. Niños sucios y rientes. Barrios tranquilos.

El tiempo pasa y no pasa en estas cosas, ungiéndolas de gracia.

033863

DE EL SALVADOR

domingo

Sol del domingo derramándose por todas partes. Beatas olientes a sacristía y a gato mimado en la ventana. Camándula en la blusa de encajes. Breviario en las manos de cera. Escapulario bajando, como dos venas negras, por la garganta avellanada. Y sol, sol alegre y retozón brincando en los tejados.

El sacristán, un sacristán gris como la iglesia y las campanas, está —loco de júbilo— tirando de los badajos. Las copas de las campanas se vuelcan en música en lerdo cabeceo.

Las beatas—zapatos de terciopelo—van en carreritas por las calles. Elogio tempranero de almidón esponjando enaguas.

Tierra menuda de la plaza llena de oro de sol. Luce el pecho azul un gallo desde las ramas amarillas del san andrés que hay

DE EL SALVADOR

en el patio. Bebe sol y afina el clarín de cristal del canto nuevo.

Sol del domingo. Alegría... Alegría... Alegría... Cera. Pabilo. Campanas locas de música y una teoría de beatas minúsculas pasando por las calles.

El cura —blanco sobrepelliz, manos blancas— suelta un vuelo de grullas— alas de incienso— llevando hostias en el pico.

Suenan los pasos huecos del sacristán y son de nuevo las campanas un jubiloso palomar de músicas.

DE EL SALVADOR

c a l l e

Calle del pueblo atardecido. Hay gentes a las puertas, yerbas menudas en los andenes, perros humildes.

La calle se tiende sinuosa y tibia. Un aire lento barre el empedrado casi azul, casi gris, de un tono indefinible.

Es quizá la misma tristeza del barrio reflejada a esta hora.

Todo tiene cierta tranquilidad. A la calle dan las casas echadas bajo el peso de los siglos y los patios inmensos, tapizados de grama y llenos de aves.

Algún chiquillo viene. Una mujer camina con el plato de compras en los dedos. Vacas crepusculares pasan meciendo sus cornamentas y dejando un vaho a estiércol y a hierba fresca. El arriero, indio tosco y callado, va con gesto grave.

DE EL SALVADOR

m p

La calle tortuosa sigue, interminable. Pareciera que, en la lejanía, se prolongara en los caminos del cielo.

Calle de piedra gris y azul por la que han desfilado tantas buenas gentes en este pueblo que se adentra al corazón.

a l e r o

Golondrinas de sombra viven bajo el alero.

m p a

t a p i a l

Diríase que la primavera se ha derramado sobre el tapial. Olas vegetales hacen espuma de aroma cuando pasa la brisa.

La pared entera está alfombrada de pétalos. Suben y bajan los tallos —culebritas verdes— en aquel volumen de frescura.

El bejuco florecido se ha volcado en la tapia que está frente a mi casa.

Todas las mañanas llegan los gorriones a beberse la mielita de las copas. Bordan, en la seda de los pétalos, doradas filigranas con la aguja del pico.

Se desprenden mariposas como grandes flores azules que llevasen alas. Vuelan abejas rubias.

Hacen ronda los insectos y la tapia florecida es como aromado manantial.

t g u e d e l e ó

e s c u e l a

El recuerdo deletrea sílabas de colores.

mi maestra

Era morena y llevaba la noche destrenzada en el cabello. Sus ojos sonreían. Acariciaba la voz fresca.

Nunca le besé las manos, pero eran suaves —de seguro— como un terciopelo.

Todavía no sé si era mi primer amor aquella dulzura que me esponjaba el pecho.

Le regalaba rosas recién cortadas, llenas de humedad nocturna. Cuidaba de tener limpio el cuaderno para que ella no se disgustase.

Flor de llanto y cielo era mi cariño.

Han pasado los años y aún me aroman sus palabras, cual varitas de nardo.

DE EL SALVADOR

vecina

Viejecita de tabaco vestida de encajes. En las mañanas riega las plantitas de los tiestos, las matas de orégano, los semilleros de los cajones.

Tiene un zenzontle, una lora y un perro.

Hijos y nietos murieron. Desde entonces quedó, para siempre, la oración florecida en sus labios. Comulga los domingos y reza a sus santos.

En el barrio todas las gentes la quieren. Hace de médico cuando brota una nueva vocecita en los cuartos de los pobres. Allí está, llevando medicinas y aceites.

Y cuando alguien cierra los ojos para ya no despertar, la buena vecina le cubre de agua bendita y de reliquias.

Es así; toda bondad...

DE EL SALVADOR

Al hablar con ella va sacando recuerdos de su pecho como de un cofre antiguo. Cuenta de sus buenos tiempos y parecen entonces más húmedos los pocitos de sus ojos.

—Enantes, cuando éramos muchachas, todo era tan distinto.

La cara se le confunde entre el humo de su cigarrito de tusa.

Esta vecina, toda vestida de encajes, es el alma más tierna del barrio.

don nayo

Don Nayo es un viejecillo. Barba de espuma... Tez cetrina. Los ojos pequeñitos y profundos. Sobre la cabeza de algodón, el fieltro del sombrero alicaído.

Tiembla todo él al caminar. Va a la pila del hospicio y a las casas cercanas.

Carga noventa años en el cuerpo enjuto. Sabe la historia de los antiguos habitantes del pueblo: Don Alejandro, Don Bartolomé, la Señora...

En sus mocedades fué a la guerra y mordió el polvo sobre las trincheras.

El recuerdo le ilumina sus hazañas...

Don Nayo cuenta, a la puerta de su casa, cuando se desmaya la tarde en los aleros, interminables relatos que parecen enredar su vida como un hilo.

Después... viendo a los muchachos que juegan en la esquina, sonríe, entre-

abriendo apenas la blanda boca sin dientes...

Don Nayo carga noventa años y bien parece así, pastor de nubes en esta blanca serenidad de aldea.

t g d l e ó

el sastre

Sobre la nariz roja y abultada, los anteojos de carey. El dedal y la aguja, en la mano. Y un silbido perenne, como un hilo, para coser el tiempo.

m p

s e b a s t i á n

Sebastián, es el lechero. Le sorprende el alba en el camino pedregoso, lleno de quebradas fluviales. Reverdecidos están los cercos. Los cafetales, blancos de azahar y cargados de aroma.

En el corral rumian las vacas bajo el temblor de las estrellas. Los becerros inútilmente acercan el belfo sonrosado a la ubre vacía.

El burrito trota al compás metálico del cántaro.

Sebastián trae de la finca, todas las mañanas, una láctea tibieza de balidos.

DE EL SALVADOR

el carpintero

El carpintero tiene corazón de naranjo.

m p

el cartero

Viene el hombre del bolso, con muchas cartas.

Aletea, de pronto, una inquietud.

...El cartero pasó y se me cayeron las alas.

la linda elena

Como en la parábola de Guyau, esta loca esperaba, cada mañana, a un novio imposible. No se adornaba la cabeza de azahares ni vestía traje nupcial; pero sí creía que llegaría Don Antonio, ser por ella idealizado.

Era buena la loca. Trabajadora como una hormiga. De la mañana a la noche iba por las calles vendiendo canastas y muñecas de trapo.

Reina de sus pobrezas, cargaba pesada corona. Las manos enjoyadas de baratijas y toda ella llena de cadenitas y medallas.

Caminaba así... En el bolsón mugriento asomaba el trozo de pan blando.

La seguía una perra, Fúlgida, con quien compartía la comida. Tecolotes de barro, a quienes daba soplo de vida en su locura, tenía en la pocilga, que era su vivienda.

Hablaba por teléfono, desde los postes del alumbrado público, con el fantástico Don Antonio.

—¿Cuándo se casa, linda Elena?

—Ya va a venir Don Antonio. Así me dijo hoy que le hablé por teléfono y les va a quitar todas sus riquezas, que son mías.

La loca iba por las calles del pueblo arrastrando metales, hasta que un día, al fin, contrajo nupcias con la Muerte.

033863

t o y a n o

Goya mismo no le habría pintado. Era un oscuro capricho; la cabeza salvaje, de Medusa; los ojos esmaltados de fatídico brillo; la boca dura, de piedra.

Nunca pronunció palabra. Veía como alguien que cayera, de pronto, sobre la tierra.

Lo cobijaba la sombra de las veraneras, en los parques, y eran cama blanda los gramales.

Pasaba horas enteras junto a las fuentes, viendo caer el agua o, en las noches serenas, miraba al cielo florecido de estrellas. Siempre sus ojos buscaban algo, que jamás dijo.

Toyano era el loco sombrío. La expresión grotesca tenía un algo de Fauno y de Demonio. Entre los árboles espiaba a las muchachas con mirada de agudo pedernal.

Huían de él las colegialas y los pájaros.

* * *

Allá abajo, en la tierra que le dió abrigo, deben haberse desatado las serpientes de sus cabellos.

s i x t o

Ríe y camina automáticamente. El sombrero es de paja. Lleva chaleco morado y un Cristo de bronce, en el pecho.

Decir Sixto es hacer llegar a nosotros una bandada de párvulos recuerdos: el colegio, los traviesos que le volcaban el carretón de basura, la mañana de sol.

Inofensivo, va Sixto, por las calles, como un muñeco de cuerda.

DE EL SALVADOR

m p

geranios

Geranios, los de mi casa. Aromados buenos días en la ventana. Gotitas de aljófar temblando en la seda de los pétalos. Rayo de sol quebrado en iris sobre el minúsculo mundo de agua. Y la maceta —roja, sonrosada, casi pálida— riendo entre la verdura de las hojas.

Vida sencilla y provinciana como un tiesto con mata de geranios. Aromada y humilde, iniciando y terminando el día en gracia de Dios.

Cuando cae el Angelus, el geranio de mi ventana derrama suavemente un halo místico. Y allí está, humilde y perfumado, hasta que el cielo abre su cosecha de estrellas y el viento azota las vidrieras de los cuartos.

DE EL SALVADOR

Enciendo mi lámpara, tomo un libro y pienso en la gracia sencilla de mi linda matita de geranios.

Ejemplo vivo ante los hombres dándose —todo el tiempo— en suave manantial de esencias...

m p

el limonero

El viento ha desnudado de flores al limonero.

lluvia

Llueve en la ciudad, llueve en los cerros, llueve, en fin, en todas partes. Tras los cristales, se va haciendo cada vez más borroso el paisaje.

Caritas húmedas de niños asoman su nostalgia desde los vidrios. No saldrán este día porque el patio está lleno de charcas y están lodosas las calles.

El mulo del vendedor de zacate pasa goteando todo él. Al hundir los cascos en la arenilla sucia se forma un hueco redondo que al instante desaparece, bajo el agua.

Llueve en todas partes.

En la cocina comienzan a chisporrotear los tizones y a danzar las llamas, mientras la vieja criada prepara la masa de maíz sobre la piedra.

DE EL SALVADOR

La abuelita canosa ha sacado su mantón de lana.

Siguen cayendo y quebrándose rosas de cristal en los tejados.

Larga tristeza llueve en los jardines del alma.

jardín

Anoche llovió y han brotado los jacintos. Al sol dorado de la mañana abren sus manos rosadas.

La tierra negra se esponja bajo las plantitas. En las hojas resbalan las gotas que ha olvidado la noche.

Mayo ha venido vestido de verde desde la campiña. Hay un profundo olor a gleba mojada y, en las ramas de los árboles, asoman brotones.

Tierno delirio de yemas en los rosales de copos blancos. Desbordados bejucos cubren los arriates y las violetas, siempre tímidas, esconden su terciopelo entre las hojas.

Anoche llovió y ha amanecido el jardín lleno de jacintos rosados.

DE EL SALVADOR

m p

b r i s a

Una brisa delgada mueve los árboles, mece la rosa, acaricia los cabellos de la niña morena.

Hay un lento río de aroma desbordado que llega hasta mi cuarto.

Aspiro entonces la brisa y dulcemente me embriaga, como las páginas de Francis Jammes.

el mango

Lleno de cicatrices es el árbol.
Por el tronco robusto suben hormigas rojas.
La brisa se hace verde entre las ramas y caen frutos de miel.

la tortuga

Se pierde el año entero y asoma, de repente, en el jardín. Bajo el caparazón color de tierra, la cabeza achatada y el ojo redondo.

Penosamente mueve las patas a los costados. Camina con lentitud cual si no le importara el tiempo.

Al verla aparecer en la parra de *finfa,* cerca del corral, se asustan las gallinas.

Mimí llega a ella, ladrando gozosamente. Le pone encima del cuerpo duro, la patita nerviosa. Entonces la tortuga se esconde y queda como una piedra.

Dicen que vivirá cien años. De ser así, cuando ya no existamos nosotros, saldrá siempre la tortuga ante la bulliciosa alegría de los nietos...

el sapito

Toda la noche pasó cantando el sapito. Desde que la luna, redonda y blanca, salió por la montaña hasta que llegó la mañana de cristal y los pájaros.

En el jardín, escondido tras una piedra, cantaba. De seguro es verde el sapito y anda en busca de una sapa para que le borde los calzones con hilillos de oro y grana.

Es amigo de los rosales, de las matitas de violeta, de la pila llena de algas, de las hierbecitas humildes que crecen a orillas de los arriates.

¿Cuándo encontrará a su compañera el sapito del jardín? Acaso lo sepa la hormiga menuda o la luciérnaga que es una lamparita de plata con alas.

m p o

El sapito sólo sabe cantar y comer insectos desde que sale la luna tras la montaña hasta que llega la mañana llena de sol y de pájaros...

la chiltota

Tenemos una llama enjaulada: la chiltota.

Brinca en las varitas, come guineo y bebe agua clara en el recipiente menudo.

Al extender las alas —todas de oro— esponja el pecho de linda pelusa.

Suelta el canto en gorgoritos que semejan una fuga de pequeños globos musicales.

Nuevamente salta, vuelve al cuenco cristalino, picotea el banano.

* * *

Una llama canta dentro de la jaula...

mimí

Entre ladridos y saltos, una bolita de nervios se enredaba a mis pies: Mimí.

Tenía el hocico menudo, los dientes de marfil, las orejas finas y puntiagudas, corto el rabo y el pelo café.

No estaba un minuto quieta. Todo el tiempo iba de un lado a otro en breves recogimientos de liebre.

Comía lo que le daban en la cocina y agradecía con los ojos.

* * *

Llegó llorando la pobre. Tenía partida la cabecita que mojaba un hilo de sangre. El guardia, al pasar, le dió un puntapié.

Mimí lloraba y nos veía a todos los de la casa. No pudo ya sostener el cuerpo que, con el frío de la muerte, temblaba.

DE EL SALVADOR

Los ojitos se le hicieron dos esmeraldas vivas y se le llenó la boca de espuma.

La cabecita rota, seguía sangrando...

***

En el cielo de los perros Mimí debe estar ahora dando saltos azules.

m p

faroles

Es día de la Niña y el pueblo está lleno de faroles. Por todas partes, árboles recién plantados, con frutos luminosos. Dentro del farolillo de papel la velita de estearina tiende su llama como una mano pedigüeña.

El viento de septiembre mueve las luces. Los muchachos del barrio alistan el pedrusco y la hondilla entre los dedos.

Van los novios por la calle de colores buscando el recodo que les ofrece la noche, para decirse su cariño.

La criada más vieja de la casa cuida el árbol de faroles y el pueblo así, todo iluminado, parece un nido tibio de estrellas.

c e r r o

Me he ido al cerro esta mañana, gritando.

En la cima he sentido el alma y las manos celestes.

m p

el río

En las peñas negras, donde hay *queqgueishgues* y cerezas silvestres, nace. Es apenas un hilito de plata que va enredando musgos.

Salta después entre las piedras y se anuda de espumas. Va cantando por la barranca entre helechos que asoman colas verdes.

Llega bajo el árbol sombrío, de raíces que parecen manos inmensas, donde las mujeres lavan.

Torsos morenos emergen de la línea escurridiza del agua. Ropa blanca, tendida. El pelo suelto aroma las espaldas.

Lavan... lavan penas en el cristal regocijado.

El río sigue riendo...

Los últimos pedazos de la tarde se han quedado prendidos en las ramas del árbol.

DE EL SALVADOR

p a i s a j e

Nubes blancas en la acuarela azul de la tarde.

Desde la ventana abierta, árboles de copas perezosas.

Dulce melancolía en torno nuestro. La luz que baña las cosas es más diáfana en este pueblecito de cal y arcilla.

Tenues perfiles de alas recortan el espacio.

Pájaros y nubes pasan frente al pueblo dormido en un fondo de montañas.

juan ramón

Tarde de transparente color naranja. El poeta ha llegado bajo un árbol. Tiene un libro en las manos:

«Mira, Platero, qué de rosas caen por todas partes: rosas azules, rosas blancas, sin color... Diríase que el cielo se deshace en rosas. Mira cómo se me llenan de rosas la frente, los hombros, las manos... ¿Qué haré yo con tantas rosas?»

Y la voz se eleva en misteriosas cadencias.

La brisa, una brisa suave, azota levemente los cabellos.

Al fondo distante se llena de color la montaña inmensa.

Pájaros, como collares de alas, cruzan el cielo. El poeta ha dejado de leer y, el libro caído entre las piernas, pareciera de pronto que va a llorar.

DE EL SALVADOR

¡Tanta luz lo baña en el crepúsculo naranja que las manos se le confunden con las rosas!

Rosas de los jardines de la tierra mientras, en el cielo, va brotando una muda constelación de rosas muertas...

tarde

Cada vez que llegábamos, la madre sonreía. Pasaba entre ciervos y rosales. Derramaba una ternura, una bondad, un cariño que le iluminaban los ojos.

Cada vez que llegábamos, sonreía...

La tarde se llenaba de rosas y celajes.

DE EL SALVADOR

madre

Rosa mística, halo de piedad, bendiciones hechas mariposas de luz en torno nuestro, agua bendecida de consejos y lamparita de aceite en nuestra vida.

juguetes

Madre, ¿quieres que juguemos a decir cosas lindas? Oye: piedrecita azul, lirio de agua, sonrisa de la tarde, luna de azahar. En cada cosa de éstas, estoy viéndote.

Niños de luna han bajado, en la noche, al huerto.

Madre, juguemos a decir cosas lindas...

palabras a la madre

Madre, estoy de nuevo junto a tí esta mañana. Quiero leer, contigo, un libro de páginas suaves: las de Tagore, por ejemplo. Quiero oir tu voz asordinada, pronunciando palabras dulces así como cuando me enseñabas en la casa, allá en la montaña. ¿Recuerdas?...

Yo iba a traer florecitas silvestres y cortezas de bálsamo. Corría entre las breñas como un cervatillo. Llegaba hasta los peñascales que reían y lloraban todo el día y la noche en blanda corriente fluvial, entre las plantas y los troncos con musgo.

Ahora soy el mismo. Danza la retozona alegría, en el pecho. Sólo que en lugar de florecitas silvestres y cortezas de bálsamo, te traigo libros. Libros que, como aquellas cosas, también aroman.

m p

Quiero oirte leer, madre. Mira. Este es «El Jardinero», de Rabindranath. Abre sus páginas. Ilumínalas con tu mirada.

Vamos al patio. Sentémonos a la sombra del naranjo. Las hormigas minúsculas pasarán en prolongado hilo negro, sobre la tierra.

En el cielo, siempre diáfano y azul, lentos vuelos de nubes blancas como copos de algodón flotando en mares de serenidad.

Y tu voz, madre, cayendo como un baño de frescura sobre mis ansias.

Soy el que nació para oirte. La palabra tuya la llevo, hecha música, en el corazón.

Cuando estoy solo, lejos de tí, no me canso de oir el murmullo interno que sube como un himno de gracias.

Eres tú, madre, tú misma cantando en cada latido cálido, en cada mirar de mis ojos, en cada caricia de mis manos.

Este ensueño que se entreabre como una rosa vieja en el pecho, tú me lo diste.

Estos ojos que no se cansan de ver tantas cosas —el árbol erguido o el insecto menudo— tú los formaste.

Esta palabra ardida de inquietudes, tú la hiciste nacer y desprenderse como una mariposa.

DE EL SALVADOR

Todo lo que llevo en mí, es obra tuya.

Pero bien. Vamos a leer bajo la sombra del naranjo que hay en el patio. Yo te escucharé en silencio y, muy cerca a tí, he de cobijarme bajo tu dulce misterio como al pie de una frescura inmensa.

Vamos, madre...

m p

nuevas palabras a la madre

He de hablarte de nuevo, madre. Ahora estoy lejos, pero tu voz se enreda en mí como un hilo de música. Ya no tengo el libro aquel que me regalaste cuando cumplí siete años. No sé... Me da pena decírtelo; pero lo he perdido. Se fué con la carta violeta y perfumada que me dió aquella chiquilla a quien quise con un amor fresco y nuevecito —lo primero que me brindó la ciudad para que olvidara, acaso, mi condición de niño montaraz—; aquella preciosa cleptómana que fué la que primero te robó un poco de la miel de mi tarro.

Pero... soy el mismo, a pesar de no tener el libro ni la estampa. Tú sabes, madre, que tengo enredada en mí la música de tu palabra, que tus ojos ausentes iluminan los míos cuando estoy triste, que

Sección Salvadoreña
BIBLIOTECA

la caricia perdida se hace mariposa entre mis manos.

Cada vez que pienso en tí —y pienso siempre— me invade la ternura; me quedo a dos pasos del llanto; casi llego al sollozo.

Y es que en tí recuerdo el patio fresco, la antigua pila en la que danzaba el agua bondadosa.

Van corriendo en el recuerdo mis siete años llenos de luces de colores. La fuga al río, la búsqueda del nido entre las ramas, los frutos, todavía verdes, que cortaba en los árboles y la escuelita del barrio, humilde cual la maestra que me regaló las vocales como quien da terroncitos de azúcar. ¡Era tan buena y tan dulce aquella maestra! Me enseñó, jugando, a querer el libro viejo que hoy no cambiaría por ninguno. Pero el libro se fué, madre.

La vida nos roba todo. Nos quisiera robar hasta esa clara gotita de agua que llevamos dormida en el pecho. Y el canto para dejarnos mudos, como la piedra.

Pero no. No es posible, porque esa gota minúscula acabará con nuestros días. Mientras haya recuerdo y ser amado y ausente, estará la frescura desbordada en el pecho...

m p

Desde el recodo del camino —senda morena y retorcida— te envío, madre, de nuevo mis palabras como un abierto ramo de veraneras.

jazmines de parra

La casa entera se ha llenado de aroma, en la anochecida. Luce mejor la nieve de los pétalos entre las hojas que han comenzado a oscurecerse.

Jazmines de parra.

Siento las manos frescas y me figuro que aquí, bajo esta lluvia suspensa de jazmines, en un perfumado silencio, hasta el beso es aroma.

Una brisa oscura ha movido las alas y la tierra, de pronto, se ha cubierto de pequeñas estrellas caídas.

ofrecimiento

Madre:

He querido ofrecerte páginas sencillas; cantar nuestras cosas. Decir la emoción así como el *maguilishuat* se cubre de flores. Darte un sorbo de frescura.

Quedan allí el patio de la casa— que acaso más tarde no vuelvan a ver mis ojos—, la lluvia suspensa de jazmines, la chiltota que canta.

Vive latiendo y saltando Mimí, nuestra perrita.

A veces pasa el invierno salpicando humedad en las puertas.

Eso es todo. ¿Lo demás?...

Tú lo comprendes, madre.

índice

	Pág.
DEDICATORIA	5
CAMPANARIO	7
DOMINGO .	8
CALLE	10
ALERO	12
TAPIAL .	13
ESCUELA .	14
MI MAESTRA .	15
VECINA . .	16
DON NAYO	18
EL SASTRE	20
SEBASTIAN . .	21
EL CARPINTERO	22
EL CARTERO . .	23
LA LINDA ELENA .	24
TOYANO	26
SIXTO . .	28
GERANIOS . .	29
EL LIMONERO	31
LLUVIA .	32
JARDIN	34
BRISA . . .	35
EL MANGO	36
LA TORTUGA	37
EL SAPITO	38

033863

DE EL SALVADOR

	Pág.
LA CHILTOTA	40
MIMI . .	41
FAROLES	43
CERRO	44
EL RIO	45
PAISAJE . . .	46
JUAN RAMON	47
TARDE	49
MADRE .	50
JUGUETES	51
PALABRAS A LA MADRE	52
NUEVAS PALABRAS A LA MADRE .	55
JAZMINES DE PARRA	58
OFRECIMIENTO	59

SECCION SALVADOREÑA
BIBLIOTECA NACIONAL